

producción científica con respecto a la inversión realizada o, más bien, que se realizaba... Pero éste es otro tema.

Debo resaltar la valiosa labor, *entonces y ahora*, de la Residencia de Estudiantes en el fomento de la cultura, de cuya importancia es obviamente innecesario hablarles aquí. Se trata de combatir la ignorancia a todos los niveles, pero también es enemiga de la cultura la indiferencia. Esperemos que la Residencia continúe su magní-

fica labor de *combatir ignorancia e indiferencia* y que el profesor Sánchez Ron siga editando y escribiendo libros tan interesantes como el que aquí comentamos.

Miguel Ángel Alario y Franco*

* Dirección para correspondencia: maaf@quim.ucm.es

Azorín, *¿Qué es la historia?*, edición, introducción y notas de Francisco Fuster García, Madrid, Fórcola Ediciones, 2012, 240 págs.

La historia menuda

Si la intención del joven investigador alginetino Francisco Fuster García era «poner a disposición del lector aquellos artículos en los que Azorín nos explica mejor, con más argumentos y ejemplos, en qué consiste según su opinión la labor del historiador y qué es —o qué no es— para él la historia», el resultado de este volumen es impecable, y se agradece poder contar desde ahora con esta útil reunión de textos del escritor monoverense sobre aspectos de historiografía, sobre todo porque la mitad de ellos (publicados en *ABC*, *La Vanguardia*, *Crisol*, *Destino* y *La Prensa* de Buenos Aires) permanecían inéditos en libro. Si una de las conclusiones principales es, según avisa la contracubierta, admirar que «la cantidad y calidad de reflexiones azorinianas dedicadas a este asunto no tienen parangón», se podría objetar que, aunque es cierto que Azorín escribió miles de páginas sobre aspectos del pasado y sobre personajes históricos (y que, en cierto modo, como tantas veces y tan expresivamente dijo él mismo, pasaba más tiempo y se movía más a gusto en lo pretérito que en su presente), esta recopilación de treinta y un textos sobre teoría de la historia, entre más de cinco mil quinientas colaboraciones en prensa conocidas,

no es abrumadora, y más si además comprobamos que en varios de ellos la reflexión sobre el oficio de historiador se limita a unas pocas líneas a la hora de comentar una novedad editorial de sus días o de abordar el carácter de algún ilustre aludido (en este caso, especialmente, su continua defensa de Felipe II o su admiración por Jovellanos).

En cuanto a la calidad, es la esperable y tan reconocida en Azorín, aunque tampoco está de más observar que no se debe exagerar la aportación de este escritor a esa materia, ya que, aunque siempre fino, sensato e inteligente, sus reflexiones al respecto no son tanto teorías originales o profundas como impresiones juiciosas y bonitos apuntes sobre la importancia de las cosas pequeñas y cotidianas («vulgares», prefiere decir él) en la marcha de la gran historia, una «historia menuda» muy emparentada con la «intrahistoria» unamuniana. En ese sentido, Francisco Fuster destaca con razón que, para José Martínez Ruiz, «la vida de cualquier individuo era digna de ser tenida en cuenta como materia histórica» (pág. 23), hasta el punto de afirmar que «Lo grande —y lo muy dilecto— no es el famoso gobernante, un día aclamado por la muchedumbre, y que nosotros conocimos y tratamos. Lo grande es un labriego que vimos en tal paraje, hace cuarenta años, al atardecer, apoyado en su azada, después de un día de penoso trabajo» (pág. 206). Y después, aquí y allá, arremete a la manera de Tolstói contra el determinismo («¿Quién mueve los pueblos? ¿Qué

causas elevan y deprimen a la humanidad? ¿Causas económicas? ¿Grandes hombres? ¿Providencia? ¿Ideas? Lo cierto, lo científico, es el anfinalismo histórico; el finalismo es lo irracional. Todo obedece a una fatalidad que desconocemos», pág. 166) y, desengañado ante la posibilidad de ser plenamente objetivo, concede gran importancia a la creatividad del historiador: «Hay, pues, en la historia [...], una parte considerable, la más importante, que no se escribe. No existen por tanto documentos. ¿Qué hará el historiador? ¿No tendrá que recurrir a la sensibilidad, a la intuición?» (págs. 174-175). Y aún más: «En definitiva, la Historia se reduce a la persona del historiador. Según sea el historiador, así será la Historia. El don de colorear los hechos, de ponerlos en relieve, de seriarlos y cubicarlos será lo que dé valor a la historia. Como si el historiador tuviera ante sí un cuadro en blanco, habrá de ir poniendo en su verdadero lugar y con su verdadero significado cada episodio y cada pormenor. El arte suplirá muchas veces lo que no puede la ciencia» (pág. 125). Por otro lado, «en la complejidad de la trama social, ante el espectáculo de los hechos que contemplamos, no nos es dable afirmar con seguridad cuál será el detalle sintomático y cuál no lo será; cuál será el hecho señero, resaltante, condensador de un estado de espíritu nacional, y cuál no lo será [...] Y en este momento en que el maravilloso tejido se encuentra entre nuestras manos, no podemos decir cómo es y cómo será en lo futuro» (págs. 195-196), pero aun así «habremos de hacer la menuda historia con el rigor con que se hace la grande» (pág. 212). A pesar de su apego al pasado, en ese «maravilloso tejido» se adivina una feliz celebración del presente que, acompañado de un aviso de cautela ante la posible sobrevaloración de lo remoto, se desarrolla en otro artículo: «Suponemos que lo actual no tiene color; vamos hacia lo que pasó para encontrar color. Y cuando ya nos hemos desengañado —o nos hemos ahitado de color— comenzamos a ver que el presente tiene tanto atractivo, tanto vigor, tanto relieve, tanto color, en suma, como los siglos que pasaron» (págs. 87-88).

Otras de sus mejores opiniones son expresadas a través de definiciones que funcionan más bien como aforismos («La historia es la conversión del pasado en presente», pág. 87; «A pesar de la Historia, lo pasado es tan impenetrable para nosotros como lo futuro», pág. 127; «los hechos son poca cosa si no se los relaciona con las ideas», pág. 188; «la historia no es más que la subordinación de unos elementos a otros en el curso del tiempo», pág. 204; «La muerte moral es el olvido; la historia es la lucha contra el olvido», pág. 221; «Si la historia no nos enseña a vivir, a sentir, no será completa historia», pág. 228...) y, como parte constitutiva del 98, comprende que «el amor a la patria implica, no su apología inconsiderada, exaltada, sino su crítica, en el pasado y en el presente» (pág. 123). Pero uno, seguramente por aquello que llaman deformación profesional (una forma muy fea de referirse a lo que en buena parte de los casos será amor o vocación), no ha subrayado en este volumen tantas reflexiones sobre historiografía o sobre acontecimientos y personajes históricos como sobre literatura, terreno en el que Azorín también se mostró casi siempre lúcido. Así, aparte de una declaración de amor por los libros bien editados (en 1912, pocos años antes de que viese salir tres títulos suyos de las juanramonianas y exquisitas prensas de la Residencia de Estudiantes: «¿Cuándo aprenderán los editores españoles a hacer libros? ¿Cuándo se convencerán de que la presentación de un libro tiene una real y positiva influencia en el mercado? Y ¿cuándo un autor reparará también en lo mismo y reflexionará que el papel, la tinta, los tipos, la impresión, etc., etc., guardan, han de guardar, una relación íntima, espiritual, con el texto del volumen?», págs. 98-99), expone con exactitud las dificultades últimas de la novela histórica («aquí tenemos uno de los escollos capitales de la novela histórica: podréis reconstruir pacientemente, minuciosamente, con toda clase de detalles, el vivir de un siglo pasado —un tanto remoto—; podréis hacernos ver los trajes, las calles, las casas, los espectáculos, etc. Pero ¿y la psicología de los personajes? ¿Y esa materia tan sutil, tan

efímera, tan alada, que constituye el carácter? Un peligro estará en creer que la naturaleza humana ha cambiado fundamentalmente en el espacio de tres siglos; otro no menos grave en juzgar que no ha cambiado casi nada», págs. 157-158), reflexiona sobre la falta de veracidad de la novela picaresca («La novela picaresca evidentemente no es realista; o por lo menos, no es real. Reputado por dechado de realismo, ese género novelesco es una constante deformación de la realidad. No podríamos tomarlo como modelo para la apreciación de la realidad española en determinado momento histórico», pág. 184) y ofrece una idea sobre el lugar de su propio grupo literario («El siglo XIX [...] se prolonga, en lo literario, hasta bien entrado el siglo XX. El siglo XIX, que es el segundo siglo de oro de nuestras letras y nuestras artes. Ese

siglo de oro es cerrado por la llamada generación del 98, generación de grandes patriotas», págs. 76-77). O, mostrando a un Azorín definitivamente perspicaz, discretamente divertido, amante de lo humilde y buscador de lo verdadero: «Cuando leemos algún poema antiguo, del anónimo autor del *Poema del Cid* o de Berceo, nos imaginamos que esos poetas eran hombres candorosos. Pero enseñada pensamos también que Berceo está sonriendo cuando le asignamos esa condición de candor, y que el verdadero candor lo tenemos nosotros» (pág. 88).

Juan Marqués*

* Dirección para correspondencia:
jmarquesmartin@hotmail.com

Manuel Suárez Cortina (ed.), ***Libertad, armonía y tolerancia. La cultura institucionista en la España contemporánea***, Madrid, Tecnos, 2011, 455 págs.

En la introducción a *Libertad, armonía y tolerancia. La cultura institucionista en la España contemporánea*, su editor, Manuel Suárez Cortina, alude a las tres fases de la historiografía sobre el krausismo que Gonzalo Capellán distingue en su estudio *La España armónica. El proyecto del krausismo español para una sociedad en conflicto* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2006): «marginación» (1936-1960), «recuperación» (1960-1989) y «renovación» (1990-2005...). No cabe duda de que este volumen nace con la loable intención de ejercer como síntesis y manejable guía por los estudios dedicados al krausismo español en esa tercera etapa de renovación (con las oportunas referencias a los textos ya clásicos de la etapa anterior) que, en la actualidad, prosigue su desarrollo:

Desde el fin de siglo el nacimiento de una nueva historiografía ha impulsado una explicación

mucho más completa de la diversidad de registros que contiene la cultura krausista en España. La investigación filosófica de Rafael Orden, la histórica de Gonzalo Capellán de Miguel, la económica de José Luis Malo Guillén o los estudios sobre la relación entre filosofía y política que representa la figura de Nicolás Salmerón, expresan la riqueza de una investigación que con apoyo en los estudios precedentes está brindando nuevas maneras de interpretar el sentido y alcance de una cultura que encuentra su base en el pensamiento krausista, pero que ha ido enriqueciéndose con múltiples aportaciones desde entonces (pág. 13).

En el párrafo anterior, entresacado de esa introducción, aparecen ya mencionados algunos de los autores del volumen, que se subdivide en tres partes, dedicadas a Filosofía, Religión y Derecho, la primera; Educación, Economía y Reforma Social, la segunda, y Cultura, Política e Instituciones, la tercera; y que ejercen de guía al lector destacando los temas principales de cada uno de los textos incluidos bajo cada epígrafe, puesto que, como no podía ser de otra forma, entre unos y